

interimperialistas han catalizado el proceso de intervención del gobierno en las economías nacionales. García estudia cuidadosamente todos estos elementos, en lo que se refiere a los países europeos y los Estados Unidos, e intenta proponer para las débiles naciones de América Latina los procesos factibles de economías de guerra para transformarlas en verdaderas naciones en el contexto internacional.

La totalidad de los componentes de la obra están ordenados obviamente por una concepción política. Que esta orientación fuera nacionalista y estuviera muy cercana al populismo latinoamericano, aun a los proyectos popular-militares de Perón en la Argentina, Alvarado en el Perú y Rojas en Colombia, tenía que ver con que el populismo en su vertiente militar buscaba la construcción de una industria pesada, capaz de producir armamentos y para ello exigía todo un reordenamiento planificado de nuestras sociedades, co lo cual se lograría la independencia política frente a los Estados Unidos. García se inclinó políticamente primero por Gaitán, con quien militó activamente, elaborando buena parte de la plataforma económica expuesta en el teatro Colón en 1945. El asesinato del dirigente popular y la posterior dispersión de su movimiento le debió plantear las dificultades de un populismo civilista.

Ciertamente, su concepción entraba en conflicto con el radical liberalismo económico del bipartidismo colombiano, y así se puede explicar suficientemente que fuera catalogado por los ideólogos conservadores y liberales más como político que como científico social, y que se le descalificara como un marxista primitivo. Su logro mayor, por el contrario, fue esa inmensa capacidad de conceptualizar objetivamente sobre las realidades nacionales en un medio social en el cual no se había impuesto aún la cultura capitalista; en particular no se había desarrollado la capacidad de pensar la sociedad en términos objetivos y abstractos: la historia concebida como historia familiar, gloriosa, la política como

gesta individual, la economía como defensa de intereses particulares y confundida con las finanzas públicas, la administración y la contabilidad. García fue mucho más allá, al sentar las bases de un pensamiento social latinoamericano. Los malentendidos sobre la obra de Antonio García no acababan en los años cincuenta. A él se le hizo difícil volver a trabajar en Colombia, aunque lo intentó cada vez que tuvo la oportunidad. Obligado al exilio en 1950, diseminó ampliamente sus ideas por el sur del continente; residió en México durante los años 60, después de haber asesorado brevemente al gobierno militar de Rojas, en su etapa final. En esos años realizó un número impresionante de publicaciones, en especial sobre reforma agraria y cooperativismo. En 1970 volvió al país, a la Universidad Nacional, pero en 1972 se le destituyó fulminantemente, durante el gobierno de Pastrana, a pesar de ser profesor titular, legalmente inamovible por el privilegio académico. Su expulsión de la Nacional se hizo en una barrida del personal calificado que había logrado introducir Currie en 1968, quien era, paradójicamente, el consultor económico principal del gobierno. Fue un momento difícil para Currie, que incluso asistió a un acto público de desagravio a los destituidos, en la Sociedad Económica de Amigos del País, en diciembre de 1972.

En 1975 García fue restituido a la universidad, ahora como vicerrector académico, durante la rectoría de Luis Carlos Pérez. Desde allí reorganizó el departamento de economía con los destituidos y un grupo adicional de jóvenes economistas. La carrera despegó, al fin, como disciplina independiente del derecho, la contabilidad y la administración, apoyada en la ciencia universal, compartiendo la tarea latinoamericana en las ciencias sociales y elaborando interpretaciones rigurosas sobre la economía colombiana. Siempre apoyó sin reservas a las personas que se proyectaran académicamente con seriedad y rigor, aunque no compartieran su orientación ideológica y académica. A sus estudiantes los impul-

saba a seguir rumbos propios, se rehusaba a sobreprotegerlos y esto le confiere su estatura de gran maestro, de aquel que está dispuesto a morir en los demás.

SALOMÓN KALMANOVITZ



Periódicos en fila india

Índice de Prensa Colombiana (1840-1890). Periódicos existentes en la Biblioteca Central

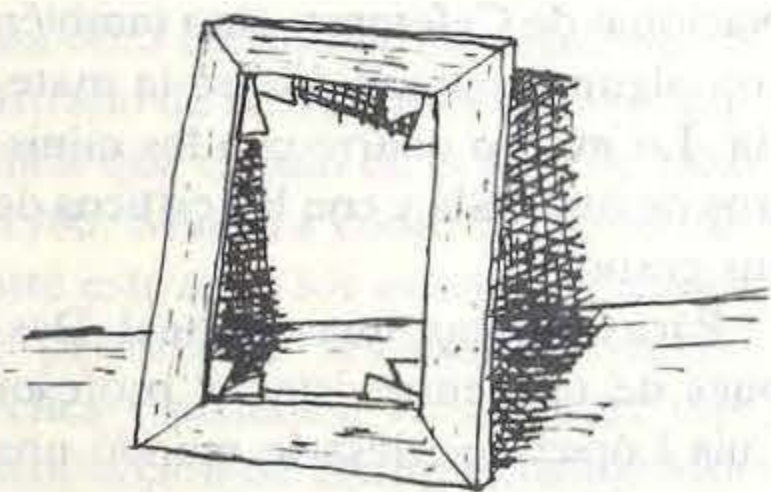
Jesús Álvarez y María Teresa Uribe de H.
Departamento de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia, Medellín, 1984
240 págs.

Sus autores lo presentan como "el resultado de un obstáculo y de una sorpresa", encontrados al usar la prensa del siglo pasado como fuente en su investigación sobre las raíces del poder regional en Antioquia. La sorpresa la ocasionó la cantidad de información de todo tipo que contenían estos periódicos. El obstáculo consistió en descubrir que en gran parte constituían territorio virgen. La falta de adecuada sistematización hacía lenta y engorrosa su consulta, lo que explica que su uso haya sido tan limitado.

Tuvieron que ponerse en la dispendiosa tarea de examinar, título por título y número por número, la colección existente en la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia, con la de la Biblioteca Nacional y la Luis Ángel Arango, una de las mejores del país en lo referente a la prensa del siglo XIX. El fichero sólo ofrecía una lista de los títulos en orden alfabético, con fecha de publica-

ción, y unas fichas con el inventario de existencias. Curiosamente, parece que ni los autores ni sus asesores en la biblioteca hayan usado el *Catálogo de los periódicos conservados en la hemeroteca de la Universidad de Antioquia* (Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, 1967), una lista alfabética y cronológica que da lugar de edición y fechas límites de las existencias: la comparación entre ambos permite detectar algunas pérdidas en la colección.

Ante el escaso apoyo que al investigador proporciona el fichero existente, los autores decidieron, aprovechando el trabajo realizado para su estudio, publicar un índice más completo que hiciera más fructífera la búsqueda de quienes en el futuro transitaran por el mismo camino, pues los investigadores cuentan con pocas ayudas cuando requieren rastrear un tema específico en la prensa del siglo pasado. Existen algunas listas generales, como el *Catálogo de la hemeroteca Luis López de Mesa* (Bogotá, Talleres Gráficos del Banco de la República, s.f.), que abarca periódicos y revistas nacionales y extranjeros de los últimos doscientos años, organizados en orden cronológico, con fecha y sitio de aparición, y a veces los datos de director y frecuencia, así como una lista alfabética. El *Catálogo de las obras hispanoamericanas existentes en la Biblioteca Nacional*, publicado en Bogotá en 1896, dedica las primeras cincuenta páginas a una lista de periódicos con su lugar de edición y las fechas de publicación. Análogos repertorios publicó la misma biblioteca en 1914 y 1916, y en 1917 editó el *Catálogo de todos los periódicos que existen desde su fundación hasta el año de 1915, inclusive*.



Por otra parte, hay algunos índices detallados de los artículos de algunos de los más destacados periódicos, como los de El Repertorio Colombiano, El Papel Periódico Ilustrado y Colombia Ilustrada, publicados por el Instituto Caro y Cuervo en 1961, y los de El Neogranadino y El Día, elaborados por el departamento de historia de la Universidad de Antioquia. También se encuentran otros índices en el centro de documentación de este departamento, con reseñas de los artículos de alrededor de treinta periódicos, pero son muy incompletos.

Existe, además, la *Historia del periodismo colombiano*, de Antonio Cacia Prada, publicada inicialmente en 1968 y cuya última edición se realizó en Bogotá en 1983, que pretende abarcar todos los periódicos y revistas colombianos por fecha de aparición y nómina de colaboradores. Este trabajo, comparado con el que nos ocupa, es muy incompleto, y la misma pretensión de abarcarlo todo, desde la historia del periodismo hasta la catalogación de un material tan extenso, hace que el resultado deje mucho que desear y que su consulta sea confusa, a más de las frecuentes inexactitudes en que incurre. Por su parte, Gilberto Zapata Cuenca formó un inventario regional de periódicos y revistas de Antioquia, excluyendo a Medellín, y Aureliano Gómez Olaciregui publicó en 1967 un trabajo similar al reseñado: *Prensa y periodismo en Barranquilla, siglo XIX*, mientras que Agustín Angarita Somoza sacó a la luz, en 1970, dos volúmenes de *Historia del periodismo en el Tolima*.

El *Índice de prensa colombiano, 1840-1890* consta de tres partes: 1. Una reflexión sobre la prensa como fuente de investigación y una descripción del periódico "tipo" del siglo XIX; 2. el cuerpo principal, y lo más útil del trabajo, que "comprende los títulos de 731 periódicos colombianos publicados entre 1840 y 1890, existentes en la sala de periódicos de la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia" (pág. 27). De cada periódico se suministran "todos o algunos de los siguientes datos: tí-

tulo y subtítulo, publicador o editor; nombre del fundador, director, redactor o administrador. Datos de los años y números existentes en la sala de periódicos; ciudad donde se publicó, imprenta o editorial y fechas" (ibíd). Además, se da cuenta de algunos aspectos del contenido de cada periódico; línea política, carácter, temática central, principales colaboradores y lista de otras publicaciones con las cuales polemizó.

La tercera parte trae varios índices analíticos: clasificación cronológica, por región y localidad, tema (económico, político y social), tendencia política, carácter del periódico y colaboradores.

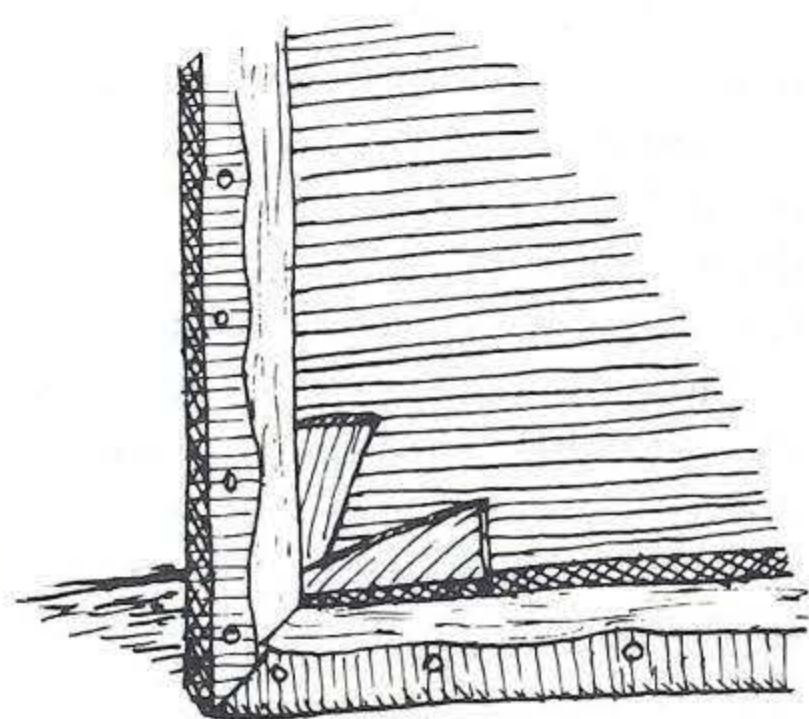
El trabajo es extraordinariamente útil, si bien no sobra formular algunos reparos. La edición es bastante descuidada: Rivas Groot aparece como Picos Groot (pág. 49), Santiago Eder como Eden (pág. 122) y hasta en la fe de erratas hay erratas. El índice toma como parte del título los artículos iniciales, contra las prácticas usuales; sin embargo, no siempre se es consistente: El Boletín Industrial, de Pereira Gamba, aparece en la E y en la B; El Atalaya está en la L. Algunas de las atribuciones de línea política son discutibles, como cuando se clasifica El Granadino en 1840-42, como santanderista: fue, por el contrario, un periódico gobiernista o "ministerial", como se decía entonces.

El índice onomástico de colaboradores pierde parte de su valor por ser muy parcial: muchos de los que figuran en la lista de periódicos no aparecen en el índice, sin que sean muy claros los criterios para excluirlas: si figura don Teodomiro Llano, ¿por qué no incluir a Rufino Gutiérrez?; si aparece Santiago Pérez, ¿por qué dejar fuera a Aquileo Parra? Tampoco son siempre completas las referencias a un colaborador: Camilo A. Echeverri y Juan de Dios Uribe son ejemplo de aquellos que aparecen en el índice pero sin que éste recoja todos los periódicos en que colaboraron. Habría sido preferible que el índice onomástico hubiera incluido todos los colaboradores mencionados en la segunda par-

te, ampliando los índices. Para ello podría haberse reducido la excesiva explicación sobre los contenidos de aquellos (págs. 191-212) o el texto de la primera parte, algo difuso y a veces demasiado obvio.

En todo caso, trabajos de este tipo deben estimularse, pues son guías auxiliares indispensables para abordar la mina de información que reposa en los periódicos viejos; pueden contribuir también a precisar fechas y a detectar materiales en ese otro universo desconocido de los archivos.

PATRICIA LONDOÑO



El pionero del periodismo económico

El personaje y los hechos

Darío Bautista Olaya

Fondo Cultural Cafetero, Bogotá, 1984

El voluminoso libro de Darío Bautista se abre con un prólogo escrito en el peculiar y retorcido idioma del exministro Alfonso Palacio Rudas, donde se hace “una breve etopeya de tan valioso pendolista”, o sea un resumen y un elogio muy a la colombiana, es decir, desmesurado, del autor del libro. De las tres espesas páginas del pendolista etopeyador, se saca en claro que Darío Bautista nació en Neiva en 1908, que en 1933 ingresó a El Espectador, de donde se retiró como subdirector en 1978, después de 45 años en los cuales desempeñó todos los oficios, “desde redactor de gacetillas hasta editorialis-

ta”, destacándose especialmente en el campo de la información económica.

Compilado por Darío Bautista Vargas y Efraín Sánchez Cabra, el libro contiene 118 crónicas y –sobre todo– reportajes realizados por Bautista Olaya entre 1942 y 1976. A posteriori puede conjeturarse que el criterio de selección apunta a ciertos acontecimientos políticos como el golpe de Pasto, el 9 de abril de 1948, el 13 de junio de 1953 y el 10 de mayo de 1957, y también comprende una especie de seguimiento de la hacienda pública y la política cafetera.

Ante un libro como éste, que recoge textos redactados bajo el acoso de que serán publicados mañana y pensados en función de la información inmediata, cabe un dilema: o bien, han sido compilados en forma de libro para hacerlos perdurables porque se cree que documentan coherente, ordenada y completamente uno o varios temas o el punto de vista de un personaje; o bien, se decide a rescatarlos para el lector de hoy porque se supone que su forma, su estilo, tienen un valor que trasciende ese efímero instante en que fueron noticia de actualidad y pueden ser leídos con el placer con que se lee un texto bien escrito.

Si la justificación es la segunda, ciertamente el libro no se tiene solo: aquí encontramos unos reportajes pulcramente escritos, pero no puede decirse que exista aquí algún texto ni memorable ni antológico. Más bien sirve para registrar la fungibilidad de las retóricas periodísticas y de las normas de trato con los entrevistados: lo que era habitual en los cuarenta y cincuenta y formaba parte del espíritu de la época, ha sido derogado por otros hábitos y normas. Aun en función de informador o de cronista, no era extraño que el periodista se presentara y se sintiera como “periodista liberal”; eran los atrincheramientos de ciertas épocas; y era casi un rito que el periodista se cuidara de advertir su amistad y trato más o menos habitual con el personaje, a costa de una impersonalidad que hoy parece formar parte de los usos del periodismo escrito.

Pero si la pretensión del libro de Darío Bautista es la primera –documentar ciertos hechos–, lo que queda probado es algo que los historiadores saben bien: que la fuente periodística, por sí sola, no basta para darnos la visión completa de un hecho. Y más en lo político, sobre todo cuando el periodismo se concibe desde un ángulo partidista y al servicio de una de las facciones en liza.

Aun así, sabiendo que los reportajes de Bautista no son propiamente historia en sí mismos, advertidos de que fueron impresos en un papel que 24 horas después servía para envolver, sí representan testimonios vivos de los hechos políticos y económicos.

En este libro se hallan, para comenzar por lo político, entrevistas con los expresidentes Eduardo Santos, Laureano Gómez, Guillermo León Valencia, Alfonso López Michelsen, Turbay Ayala y Pastrana Borrero. Hay, también, declaraciones de carácter político de Luis López de Mesa, Gilberto Moreno y Diego Luis Córdoba, entre otros.

En lo que respecta a la parte política, son inevitables las alusiones al momento y, además, hay que pensar en que todos estos reportajes fueron escritos cuando la respectiva situación era conocida, era la noticia del día: entonces el periodista podía permitirse alusiones y sobreentendidos que se convierten en enigmas para un lector de hoy.

En cuanto a la parte económica, prevalece –como es usual todavía hoy en nuestro periodismo– la atención a la hacienda pública y a la política cafetera sobre la economía privada. Pero si hay, solamente, una entrevista con un industrial en ejercicio, los avatares del café pueden seguirse casi cronológicamente, no sólo por las varias entrevistas con los sucesivos gerentes de la Federación Nacional de Cafeteros, sino también con algunos entendidos en la materia. Lo mismo ocurre con los ministros de hacienda y con los críticos de sus gestiones.

Para terminar, una cita final. Después de una entrevista, el profesor Luis López de Mesa le mandó una carta a Darío Bautista, donde dice: